

## ROMANICO HERESIARCA

---

Los motivos escultóricos de arte románico, del siglo XII; especialmente los capiteles en pórticos, claustros y canecillos, se suelen entremezclar con temas puramente concebidos dentro de la ortodoxia cristiana de aquella época, otras representaciones que, bajo el pretexto de simples decorados, se revelan, a mi entender, con marcadas influencias de aquellas herejías clásicas que, ya desde los primeros siglos del cristianismo seguían entrelazadas como tallos en continuo rebrote de una planta metafísica parasitaria a esa fe, que la Iglesia pretendió definir sin equívocos desde sus primeros pequeños o grandes Concilios. El pensamiento filosófico de Manes, «maniqueísmo»; la posterior herejía española, «priscilianismo», e incluso el «gnosticismo», este último, al parecer, muy en boga durante la época visigótica, según recientes investigaciones en el arte, continuaron latentes durante casi toda la Alta Edad Media, siendo especialmente la gnosis, merced a su gran fondo poético-metafísico, algo como un común denominador a las anteriores herejías citadas, incluso también a la de Arrio o arrianismo.

Así tiene el arte de posibilidades más o menos rebeldes o de contestación en discordancia con las interpretaciones ortodoxas en pugna con la de aquellos heresiarcas. De igual manera; es decir, por las vías del arte se impuso durante el siglo XVI un retorno al paganismo greco-romano en su pensamiento filosófico, identificando la belleza del amor erótico con la muerte, muy acusadamente reproducidos en sus «eros» o angelitos apoyados en cráneos o calaveras (1) de sus motivos ornamentales.

Durante el siglo XII el maniqueísmo tuvo sus adeptos en una aceptación de tipo místico, reforzada, como se templan to-

---

(1) Esas figuras de angelitos junto con cráneos lirondos o calaveras; unas veces recostados, otras apoyando su vuelo en ellas, se repiten en

das las místicas, merced a la persecución, en este caso, en la región norte-pirenaica tolosana. Fueron —como sabemos— los cátaros aquellos herejes maniqueos contra los que luchó Simón de Montfort y contra los que predicó nuestro Santo burgalés de Caleruega.

Pero el maniqueísmo como pensamiento filósofo-metafísico no fue precisamente una invención de aquel hombre llamado Manes, desollado vivo durante el siglo III de nuestra Era, ya que para encontrar las raíces de ese principio doble de la Creación de cuyo negativo con fanático deseo intentaron liberarse los Cátaros, habría de buscarse en Zoroastro o en Pitágoras pero probablemente arranca de un concepto filosófico inherente al pensamiento del hombre primitivo que se pierde en la noche de los tiempos; quizás, fruto de la más antigua reflexión ante el significado de la vida, del dolor y de la muerte.

Sin embargo, lo que llamamos reflexión —reflejo choque o rebote contra la propia mente— ha de ser forzosamente obra del espíritu, sostenido sobre un material mecánico plataforma o frontón de toda desdicha.

La angustia existencialista, muy propia —decimos— de la filosofía de nuestros días, representada en España —como iniciador— por don Miguel de Unamuno o en Francia por Sarthe, Simona de Bovoir, y por varios pensadores en otros muchos países, no significa si no una clara regresión, múltiples veces repetida, hacia un maniqueísmo gnóstico: Fuerzas duales con igualdad contradictoria; magma viscoso o denso donde sumergido se traslada o gira el universo engendrando someros puntos de luz y océanos de tinieblas y de sufrimiento para el alma.

Hemos comenzado hablando de los motivos escultóricos del arte del siglo XII como mensajeros de significación metafísica, más o menos conscientes, de una filosofía maniquea que ya solamente, bajo esa forma tallada en piedra, se podía seguir expresando.

---

muchas esculturas o relieves, principalmente en excelentes retablos del siglo XVI.

Resultan una clara representación metafísica del amor «eros» y de la muerte, íntimamente relacionados.

No tendría nada de particular que aquel dicho popular de «ser un calavera», es decir, muy vulnerable a esos «eros», tenga su inspiración derivada de esos artistas del renacimiento.

La incitación a este trabajo tuvo para mi origen en una, muy reciente, visita detenida a las iglesias románicas de Jaramillo de la Fuente, en nuestra más escondida región serrano-burgalesa, y en Rebolledo de la Torre, cercano a la Peña de Amaya.

Puede verse en uno de los capiteles del atrio de Jaramillo una escultura que muy claramente representó ese principio de dualismo de la naturaleza humana: Son dos cabezas en igual proporción y simetría. La una es bella, de amplia frente, propia del «homo sapiens», y mira orientada a la luz solar del mediodía; la otra es diabólica (representada al propio demonio) y dirige sus ojos hacia la parte opuesta al sol, la más oscura del atrio, con juego de luz bermeja. Ambas, como cariátides truncadas en el cuello, sostienen por igual el peso del arranque de los arcos. En otro de los capiteles del mismo pórtico del atrio se han esculpido las cabezas de un hombre y de una mujer, simbolizadas en su más alta cima, por sus coronas, como testas reinantes. Pueden significar ese otro no menos intrincado misterio, tan profundo como el del bien y del mal, que es el de la dualidad de los sexos, reconsiderado claramente por los Cátaros en aquella aberración maniquea de que el dolor constantemente se generaba por la repetición del amor: ¿Hasta qué punto ese principio universal no entra en la herejía de Manes?

Todos los grandes anacoretas; pongamos por ejemplo, un Antonio, un Jerónimo, un Millán de la Cogolla o un monje, tan significativo como Domingo de Silos, anteriores al siglo XII se les reconsidera siempre en lucha perpétua de la luz contra las tinieblas; del imperio de Dios contra el imperio del demonio. Su única diferencia, y ya es mucha, con el maniqueísmo tuvo que ser el pensar que la naturaleza del mal es capaz de redención. Resultaban las tinieblas de la materia como unas amigas inseparables de nuestro propio ser con las que había que convivir, redimir, amar y luchar sin descanso; pero por muchas vueltas que queramos darlo, en la parte de amor se reflejaba no poco del gnosticismo.

Volviendo al románico, ¿quién no aprecia, muy bien expresado, bajo formas, al parecer puramente ornamentales esas constituciones parejas como afrontamientos, de naturaleza contradictoria pero intercomunicable? Así vemos por doquier las simétricas aves entrelazadas, los carnívoros, como el león, las figuras zoomórficas con mezclas de doble naturaleza; pája-



ros con patas de cuadrúpedos o con cabezas humanas —harpias y sirenas— también sirenas peces de un solo cuerpo y dos colas (pórtico de Pineda de la Sierra). Tanto pueden representar esas sirenas hombre o mujer. Quizás su vestimenta de plumas «unisexi» capaz, en principio, de poderlas hacer volar, esconda la eterna transmigración (idea muy oriental) o mutación de una naturaleza dolorida.

No pudo ser por otro motivo que Bernardo de Claraval el fundador del Cister; y no obstante la interpretación, también ortodoxa que a todo ese sentido decorativo del arte podía acaso dársele, protestase, tan acusadamente en sus escritos. Para mí, no cabe duda que el monje de Claraval, aun cuando no lo dijo claramente, en no pocos temas de la escultura románica de su tiempo debía apreciar un sostenimiento simbólico del maniqueísmo o de la gnosis arriana de los visigodos o simplemente de Bizancio, cuando no tan paganas como la adoración del sol y la luna. Para el historiador Ignacio Olagüe en su especialidad arqueológica, en el libro publicado en francés por la editorial «Flamarion», 1969, «*Les arabes n'ont jamais envahi l'Espagne*» estudia detenidamente el templo burgalés de Quintanilla de las Viñas, monumento del siglo VII, aquí directamente —según Olagüe—, influenciado por el gnosticismo cuyo albedrio continuaría en el arte románico como puede apreciarse (esto ya no lo ha observado Olagüe) en uno de los relieves angulares del claustro de Silos.

Según mi entender los gnósticos heresiarcas habían, como es lógico, superado ese sentido, más que pagano, propio de los pueblos primitivos o salvajes, que aún hoy existen, de adorar al sol. La representación conjunta de nuestro febo con el lucero de la noche significaba; entre luz, y la casi tiniebla, la rotación cósmica de nuestras propias almas.

Observaremos cuán difícil es apreciar dónde empieza y termina la noción cristiano ortodoxa de nuestra fe de aquella otra propia de esos heresiarcas en la que en aras de un libre pensamiento artístico pudo expresarse en los relieves medievales y aún posteriores de nuestros templos o en la revelación más antigua de nuestros códices miniados. Así pues el maniqueísmo de los Cátaros; su repulsa hacia la carne orgánica como obra casi demoníaca, pudo muy bien apoyarse en una interpretación apocalíptica ya representada por los «beatus» dibujantes de los siglos IX y X. En efecto aquel texto Sagrado pa-

recia dar a entender que la virginidad era hija de la luz y estaba acechada por las tinieblas. Recordemos a esa mujer, maternal de un Mesías, vestida de estrellas (Apocalipsis 12-1) a la que acecha, para devorarla un dragón color de fuego.

Cristo sostenía, según uno de los textos evangélicos, que el marido y la esposa constituyen una sola carne. Esta unificación hacia una forma de nueva virginidad indisoluble purifica la realidad doble, afrontada opuesta y rotatoria de los sexos desde el Paraíso o desde la idea del propio Zoroastro, como queriendo superar con un severo mandato ese principio que duda, habido en todos los tiempos y que poco después de que el propio Cristo fundase su Iglesia mediante el sello de su propia resurrección iba a atormentar la mente del filósofo Manes.

Nuestra fe explica como misterio el gran riesgo que el propio Dios corrió al hacer de sus criaturas reflexivas y pensantes la dualidad contradictoria, aun cuando complementaria, de hombre y mujer. La serpiente como un significado lineal limitativo o generador de la forma resultaba, hasta cierto punto natural que se internase en ella. Miguel Angel en la Sixtina la representa en espiral reptando sobre el tronco del árbol del bien y del mal que venía a ser como toda una repetición genealógica de la muerte; es decir del dolor. El razonamiento bíblico de la ira de Dios por la desobediencia, que tanto influyó en el pueblo de Israel hasta nuestros días, no fue apreciada por Zoroastro. Pitágoras como buen matemático apreció la resultante negativa de algo como fuerza gravitatoria, así como Newton volvió a reconsiderar el Paraíso mientras durante su siesta (según la conocida anécdota) observó caer la manzana.

Era imposible que la reflexión del hombre no hurgase constantemente —ante las energías infinitas y la grandeza de lo creado— sobre el absurdo de la realidad del dolor, acariciando ese principio maniqueo y doble de equivalencia de fuerzas que solamente y exclusivamente puede ser superado por el enorme esfuerzo de la fe. De ahí que la Iglesia tuviese un tenaz empeño de segar esas tan aparentemente lógicas ideas cátaras que solamente el arte pudo seguir —por su interpretación ambigua— desarrollando.

En el campo de la metafísica pura, como un eter del pensamiento, que nada daña ni contradice nada, ya por mi parte expresé (véase número 172/1969, de esta Institución Fernán González) que el tiempo no tenía realidad de apreciación abs-

tracta, si bien nos parezca una evidencia inexplicable pero a la vez incuestionable. Yo creo ver en lo que llamamos «tiempo» el factor negativamente energético de la forma; sin embargo yo no me considero —¡Dios me libre!— ni un maniqueo ni un gnóstico pero el arte es libre sin rozar con la fe para recrearse; es decir para volverse a formar —por algo somos hijos de Dios— incluso en la manipulación pura de nuestros relieves negativamente constituidos. Tienen aquellos una realidad visual, vibratoria o táctil, pero sólo la luz —factor positivo— los aprecia y los explica mediante la inspiración artística. La retórica puede ser diabólica, mientras que el arte es puro.

En el arte escultórico del siglo XII, San Miguel pesando las almas divide la **unidad** en dos platillos, y hace trampas al demonio (véase, entre muchos relieves de este tema una graciosa escena en una escultura románica de la Iglesia del barrio de San Martín en Palacios de Benaver) pero es mucho más bella y completa esta misma representación en los relieves del pórtico del atrio de Rebolledo de la Torre. Allí también San Miguel divide el alma y trampea con el buen fin de borrar su parte negativa. Hay otro capitel historiado en ese mismo pórtico, con relieve, al sol saliente y al poniente, de una escena, que al parecer, el menos versado interpretaría como el de la muerte del rico Epulón del Evangelio. Hacia el Este yace en un lecho suntuoso de dolor cuyo sostén muerden leones. El personaje yacente es viejo; muere, pero de su tronco se escapa su otro «ser», mucho más joven, que debe significar el alma. En el mismo relieve del capitel; pero hacia el Oeste, ese alma desnuda asciende en beatífica posición, elevando los brazos como un sacerdocio y mostrando la palma íntegra de sus manos (signo claramente gnóstico). De su cuello pende una bolsa y además, como a su derecha se conserva, muy bien, un demonio, todos piensan que se trata de la condenación del Epulón que lleva su vano tesoro al otro mundo. Sin embargo esa bolsa no puede significar otra cosa, que a pesar del lastre de la vida, el personaje desnudo, porque así se representa el alma, asciende, mientras que el demonio recula asombrado. Se vé, en efecto, al diablo, pero el angel que queda al otro lado del alma, precisamente en el lado expuesto al sol de mediodía. Por desgracia ese angel está totalmente deteriorado. Sin embargo observando sus pies —que aún se conservan— puede apreciarse cómo avanza hacia el alma, en tanto que el demonio retrocede,

El diablo se recuesta contra la oscuridad del atrio, mientras que el angel proviene de la luz solar. Situación relativamente parecida a las figuras de Jaramillo.

Yo no sé hasta qué punto este relieve de Rebolledo puede representar al rico Epulón, pero si, efectivamente, así fuese, hay en el artista una segunda intención de tipo muy gnóstico en su pensamiento.

En otro relieve del mismo atrio de Rebolledo las figuras cautelosas, casi arrastradas o reptantes, de Adán y Eva ascienden por ambas curvas de dos arcos gemelos unidos por una columna central en cuyo vértice surge el árbol de la vida. Nuestros primeros padres parten o mejor diríamos se hallan encastillados en dos fortalezas bélicas, como queriendo dar un significado castrense o casi maniqueo a este primer encuentro de los sexos en la especie humana.

La riqueza, variedad, influencia por recepción, transformación y expansión del arte románico en nuestra provincia de Burgos resulta un tesoro inagotable que con muy buen criterio comenzó a explorar y clasificar nuestro llorado amigo el Padre Pérez Carmona, muerto en plena madurez y juventud. Su libro (edición 1959), es un valiosísimo trabajo del tantas veces incomprendido arte románico y un guía único para nuestros itinerarios. El campo de este arte es inagotable en todos los aspectos del pensamiento.

Menéndez y Pelayo, en esa faceta heresiarca intencional del mencionado arte románico no lo llegó —me parece— ni siquiera a sospechar en la Historia de sus Heterodoxos.

**Próspero GARCIA GALLARDO**